

DANIEL

De modo que iré al duelo como víctima indudable; voy al asesinato, mejor dicho.

CRUZ

Y lo dice tan fresco.

DANIEL

Sí, porque deseo morir.

CRUZ, *flemático.*

Pues entonces, ¿á qué ese duelo, que vuelvo á llamar estúpido? Porque seguramente he de matarle yo, exponiéndome á andar en líos con la justicia. Si de veras apetece la muerte, lo más lógico y llano es que se mate usted. ¡Me parece...!

DANIEL, *con efusión ardiente.*

La deseo... sí... No puedo vivir.

CRUZ

Pues nada más sencillo. Váyase usted por casa. Yo le doy, digo, le presto un rifle, segurísimo, arma admirable, con la cual da usted el salto al otro mundo casi sin sentirlo.

DANIEL

Acepto.

CRUZ

¿De veras?

DANIEL

Sí; nada me interesa de la eternidad para acá.

CRUZ

¿Nada? Usted ama. Quizás es amado.

DANIEL

¡Oh, no! ¡Extraña cosa que yo tenga que declarar ante mi enemigo que no soy amado, y que este horrible vacío de mi vida obra es del despecho!... ¿A qué más explicaciones? Debo perecer... Me llama el abismo. En su fondo veo el descanso.

CRUZ

Pues... bueno. Quedamos en que va usted por el rifle... Créalo, para mí es muy cómodo desembarazarme con tanta sencillez de la persona que más me carga en el mundo.. Pero explíqueme usted mejor... (*interesándose gradualmente en las manifestaciones de Daniel*) los motivos de su desesperación.

DANIEL

Mi vida... toda equivocaciones. ¿En dónde está la lógica? Para mí hace tiempo que no existe. Persigo fantasmas que se desvanecen cuando los toco. Amé á Victoria, que me abandonó para vestir el hábito monjil.

CRUZ

Y la pasión que sentía por ella se le torció, como el vino de mala calidad, convirtiéndose en santurronería.

DANIEL

En fe. Caigo en este lazo que me tendía mi perverso destino, y cuando me creo salvado, Victoria se pasa al enemigo.

CRUZ

Ya...

DANIEL

Pero aún me defiendo con la idea mística... Llega por fin un día en que la cólera sacude mi ser. Se desvanece aquel artificio en que yo vivía... Siéntome hombre... Abandona Victoria la casa conyugal... El demonio me tienta... Mi conciencia desconoce la rectitud... La maldad me atrae; me ilusiona el delito. Propongo... encuentro en esa mujer una indiferencia glacial... Ni antes me valió el bien, ni el mal ahora me vale. Estoy perdido, no sé lo que es esperanza. Ya lo ve usted, no puedo ni quiero vivir... (*Con desesperación.*) Deme usted esa arma... pero al instante... (*Queriendo llevarle.*)

CRUZ, *le coge fuertemente por la muñeca.*

No.

DANIEL

Suélteme usted.

CRUZ

No quiero.

DANIEL

¿No desea mi muerte? ¿No me aborrece, como yo á usted?

CRUZ

Ya no.

DANIEL

¿De veras?

CRUZ, *con calma.*

No, porque ya no tengo celos. Usted me los quita.

DANIEL

¿Yo?

CRUZ

Sí... Y se han extinguido de golpe en mí las ganas de matarle.

DANIEL

¿Por qué?

CRUZ

Porque veo bien claro que mi mujer no le ama á usted, que nunca le amó. Así me lo había dicho, y lo creí. Después dudé... Pero usted me ha librado en un instante del suplicio de la duda.

DANIEL, *como lelo.*

¡Yo...!

CRUZ

Porque si mi mujer le amase, aunque fuera con el pensamiento, usted lo conocería... eso se conoce siempre... y conociéndolo, usted no se entregaría á la desesperación, ni pensaría en matarse.

DANIEL, *con profunda tristeza.*

Cierto, sí.

CRUZ

Soy muy rudo, pero á manejar bien la lógica no me gana nadie. (*Daniel, abrumado, se sienta, sosteniendo la cabeza con ambas manos.*) Y ahora, ni acepto el duelo á que antes me provocaba, ni le dejo matarse, ni le presto el rifle.

DANIEL, *con rabia sorda.*

(¡Me perdona la vida!)

CRUZ

Y ya no me falta más que proponer las paces á mi mujer.

DANIEL, *con súbito arranque de ira.*

Pues ahora insisto en que nos batamos, sí. No soy tan torpe, no, en el manejo de las armas... ¡Quién sabe!... el demonio que llevo dentro moverá mi brazo.

CRUZ, *con calma desdeñosa.*

Reverendo joven, no me bato.

DANIEL

Le obligaré, injuriándole públicamente.

CRUZ

Que no, y que no.

DANIEL

Pasará usted por un cobarde.

CRUZ

Como sé que no lo soy, no me importa que lo digan.

DANIEL, *frenético.*

De modo que no hay manera de romperse la crisma con usted...

CRUZ

Cuando yo no quiero, no... No le queda á usted más recurso que el suicidio, y yo me permito aconsejarle que no haga la tontería de marchar tan pronto al otro barrio. ¡Flojillo susto para su mamá!

DANIEL

Mi madre no necesita de mí.

CRUZ

Es pobre.

DANIEL

Usted ha devorado los últimos restos de su fortuna.

CRUZ

Mejor. Admirable ocasión para que usted trabaje. Soy el instrumento de la Providencia, el Dios destructor... Destruyo para que los demás tengan suelo y materiales para edificar...

DANIEL, *perplejo*.

(¿Qué dice?)

CRUZ

Que vuelva usted á la vida ordinaria, que trabaje.

DANIEL

¡Vivir, trabajar! ¿Qué significa eso?

CRUZ

Váyase usted á América... Le daré cartas de recomendación.

DANIEL, *con asombro, como vislumbrando una solución*.

¡Ah!

CRUZ

¿Qué? ¿No le parece mal?

DANIEL, *desalentado*.

(Me protege, me humilla... Esto es imposible.)

CRUZ

América digo. La ausencia suele ser buen médico, como el tiempo.

DANIEL, *absorto, la mirada perdida en el espacio*.

¡América...!

CRUZ

¿Qué tal la idea?

DANIEL, *apartándose de Cruz como temeroso*.

(Temo que su horrible lógica me conquiste.)

CRUZ

¿Qué resuelve?

DANIEL

Déjeme usted.

CRUZ

¿Insiste en matarse?

DANIEL

Sí... no... no sé... Resueltamente, no.

CRUZ

Me alegro... ¿Y se va...?

DANIEL

No sé... (*Lleno de confusión, fluctuando entre sentimientos contradictorios*.) Déjeme... Iré... No, no; no sé... De usted no acepto nada. Iría... sin duda me conviene... Podré vivir, curarme... Mi madre... ¡Cabeza, no te me escapes! (*Oprimiéndola con ambas manos*.) Razón, ¿dónde estás?

CRUZ, *con calma.*

Usted lo pensará...

DANIEL

Lo pensaré... quiero estar solo.

CRUZ

Y me agradecerá el consejo...

DANIEL

¡Agradecer! (*Mirando fijamente, con estupor y recelo.*) No me queda duda: es el demonio, el espíritu tentador, astuto, sabio, fuerte, lógico... ¿Pero cómo, Dios mío, me sugiere la idea salvadora?... Porque sí... me salvaré... América, vida... el mar... tierras lejanas, sí, sí... Lo pensaré: hay que pensarlo. (*Cruz le mira. Daniel, temiendo su mirada, que le fascina, se va alejando, hasta que se arranca á la influencia sugestiva de Cruz, y sale precipitadamente.*)

CRUZ, *solo.*

Aceptará la idea. La lógica es lógica.

ESCENA XI

CRUZ, VICTORIA, GABRIELA, MONCADA, JORDANA, JAIME, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, SEÑORAS y CABALLEROS, *que entran por el claustro, entre ellos, ceremoniosamente, una mujer vestida al uso del país con un niño en brazos, envuelto en ricas mantillas y capa de bautizo. Siguen las HERMANAS DE LA CARIDAD, un MONAGUILLO. Suena el órgano.*

CRUZ, *retirándose á la izquierda del proscenio, como para dejar pasar la comitiva, huyendo del compromiso de unirse á ella.*

¡Para qué me traerá Jordana á estas mojigangas! Mi salvajismo se subleva... (*Reparando en Victoria.*) ¡Mi mujer! Guapa está en verdad.

EULALIA, *avanzando hacia Cruz y mirándole de arriba abajo, con desprecio. Márquese bien el aparte, guardando la distancia que el mismo aparte exige.*

(Hombre sin corazón, enemigo de Cristo, Judas que le vendes, sayón que le azotas, ¿qué buscas aquí?) (*Cruz parece entender por la mirada las expresiones de doña Eulalia, y se vuelve*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTEZUMEL, MEXICO

para otro lado, encontrándose frente á la Marquesa.)

LA MARQUESA, mirándole con rencor, también aparte, á distancia conveniente.

(Bandido de la ley, perseguidor del débil, verdugo de los pobres: mal cuadra aquí tu insolencia si no vienes á humillarte y á renegar del Diablo á quien adoras.) (Vuélvase Cruz para el otro lado y ve á Gabriela.)

GABRIELA, aparte.

(¡Que Dios te confunda, monstruo, y aumente tus riquezas, hasta hacerlas tan grandes como la mar, para que en ellas naufragues y te ahogues!)

CRUZ, aparte también, con ira y desprecio.

(Furibundas vienen hoy estas pécoras. (Por las dos señoras mayores.) ¡Y esta mocosa! ¡Qué modo de mirar!)

VICTORIA, mirando á Cruz, que se ha retirado al otro extremo del proscenio y clava en ella los ojos.

(¡Mal ceño trae mi pobre monstruo!... Descuida... La loca de la casa está hoy muy inspirada y te amansará.) (Rodéanla las señoras y Hermanas de la Caridad. Coge el niño de brazos de la nodriza. Dirigense á la iglesia. El órgano vuelve á sonar, tocando una marcha religiosa. Los invitados

y las Hermanas siguen á Victoria y entran en la iglesia.)

JORDANA, á Cruz, indicándole que entre.

¿Y usted no...?

CRUZ, displicente.

No quiero. Me quedo aquí. (Apártase Jordana algo corrido. Pasan todos á la iglesia, menos Cruz y Moncada.)

ESCENA XII

CRUZ, MONCADA

CRUZ

¿Usted tampoco...?

MONCADA

Luego. Tengo que decirte dos palabras.

CRUZ

Vengan.

MONCADA

Puesto que la separación es inevitable... yo lo siento mucho, Pepet, cree que lo siento... ocupémonos de la cuestión legal. Me figuro que con tu mujer no has de ser tacaño y que le reconocerás una renta decorosa. Pero hay otro asunto más grave...

CRUZ

¡Más grave!

MONCADA

Podría suceder... no afirmo yo que suceda...
pero bien podría suceder...

CRUZ

¿Qué?

MONCADA

Una cosa muy natural, Pepet; que tu mujer,
dentro de tres, cuatro meses, cinco á lo más...

CRUZ, *con febril impaciencia.*

¿Qué, hombre, qué?

MONCADA

Pues que me diera un nietecillo.

CRUZ

Don Juan, don Juan, no juegue usted conmi-
go, no me busque el genio... Mire que...

MONCADA

Hay que prever este caso. Pepet, hay que
preverlo...

CRUZ, *inquietísimo.*

¿Pero es verdad...? (*Gritando.*) Victoria... que
venga... ¿Dónde demonios está?

MONCADA

Modérate, hijo; ten presente lo sagrado del
sitio.

CRUZ

¡Estoy en mi casa!... (*Como trastornado.*) ¡Ah,
no! Estoy en el hospital, en este condenado asi-
lo que ha hecho Jordana... Pero dígame usted...
¿es cierto que...? ¿Lo ha dicho usted por broma,
por ganas de atormentarme...? Don Juan, sepa
usted que no admito bromas... ni de usted ni de
nadie las aguanto... Y si es verdad... ¿Pero usted
no comprende que...? ¡Un hijo, tener un hijo!
¿Pues para qué me he casado yo? ¿Por qué tra-
bajo, por qué soy como soy...? Don Juan (*cogién-
dole por las solapas*), no me contento con que
Victoria me dé un hijo. Tiene que darme mu-
chos, muchos; y á todos les criaré en el amor de
la propiedad, en la religión del tuyo y mío, en
el culto sagrado de la contabilidad, en el traba-
jo... y en todo lo demás que ella quiera.

MONCADA

Difícil me parece que tengas tantos... Uno
quizás...

CRUZ, *furioso.*

¡Pues no faltaba más...! Digo que nos recon-
ciliaremos, y tendré muchos hijos, don Juan,
aunque usted se oponga...

MONCADA

Yo... como oponerme... no.

CRUZ

Y realizaré el sueño de mi vida, pese á quien pese. Victoria y yo seremos fundamento de una gallarda generación, y perpetuaré mi nombre, unido al de Moncada, y mis hijos serán condes, duques y marqueses, y vivirán con el esplendor que á su rango corresponde, y aumentarán las riquezas ganadas por su padre, y tendrán inmensa propiedad, tierras sin fin, granjas, montes, valles, provincias, casas, palacios, barrios, ciudades, y nuestra casa, nuestra firma como industriales, como comerciantes, como banqueros, como terratenientes, como especuladores, como agiotistas... será la primera de Barceloná, y de Cataluña, y de España, y del mundo entero.

MONCADA

Calma, calma...

CRUZ

Digo que no hay separación.

MONCADA

Ella la desea.

CRUZ, *paséase furioso por la escena.*

¡Quitarme mis hijos, privarme de mi suce-

sión! (*Llamando á gritos.*) ¡Victoria!... ¿Pero cuándo se acaba ese endiablado bautizo...?

MONCADA

Por Dios, Pepet... ¡qué lenguaje...!

CRUZ, *gritando.*

Déjeme usted... ¡Victoria! Esto es un complot infame... Arrollaré cuanto se me ponga por delante. No respeto nada, ni á usted con sus canas venerables, ni á ella con sus remilgos de criatura santa y perfecta...

MONCADA

La has ofendido gravemente.

CRUZ

¡Ceguera de un instante! Soy fácil á la duda, como á la credulidad. Así como en los negocios no ha nacido todavía quien me engañe, en cosas de amor fácilmente me alucino, veo lo que no existe... se me desfiguran y agrandan las cosas... Soy así... Pero, don Juan, yo creo en ella, creo en mi mujer, la más hermosa creación de la Naturaleza, ó de quien quiera que se ocupe en crear lo que vemos... y lo que no vemos... don Juan, no me contradiga.

MONCADA

No, si yo... no.

CRUZ, *con violencia.*

Porque no admito que se me contradiga en

esto ni en nada, porque yo sé más que nadie, porque estoy dispuesto á demostrar que tengo razón, que estoy cargado de razón, que yo soy la razón misma; si señor, la razón...

MONCADA, *sujetándole.*

Basta... Bruto, pareces un niño... Ya salen.

ESCENA XIII

Dichos. La comitiva del bautizo sale de la iglesia: primero las HERMANAS DE LA CARIDAD, luego las SEÑORAS y CABALLEROS invitados; JORDANA, delante. Siguen JAIME, GABRIELA, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, VICTORIA, LA NODRIZA, con el niño en brazos.

CRUZ, á Victoria, *dirigiéndose á ella en cuanto la ve.*

Tengo que hablarte.

VICTORIA

¿Ahora?

CRUZ

¡Ahora y siempre!

VICTORIA

¡Pero qué modos! José María... aquí, en este lugar sagrado, ¿también escandalizas?

CRUZ

Aquí y en todos los lugares sagrados escandalizaré siempre que se me antoje.

VICTORIA

¡Oh, qué grosería! ¿Estás loco? Déjame.

CRUZ

Repito que quiero hablarte.

VICTORIA

Después.

CRUZ.

Ahora mismo. (*Los demás personajes se fijan en la viveza de este diálogo.*)

JORDANA, *tratando de apartar la atención de todos del altercado entre Cruz y Victoria.*

Señoras y caballeros: ha llegado la hora suprema de la reparación... de fuerzas... (*Señalando al buffet, que se ve desde la escena.*) Victoria, usted la primera.

VICTORIA

Ahora voy.

EULALIA, á Jordana, *que sigue invitando.*

Yo no acostumbro tomar nada fuera de mis horas; pero porque usted no diga...

JORDANA

Señora Marquesa... Gabriela... (*Van pasando*

todos á la sala del buffet, quedando solos en escena Cruz y Victoria.)

ESCENA XIV

CRUZ, VICTORIA

CRUZ, *cogiéndole una mano.*

¿Insistes de veras en la separación?

VICTORIA, *asombrada.*

¿Ahora sales con eso?... ¿Recuerdas lo convenido?

CRUZ

Sí.

VICTORIA

¿Y negarás que me sobran motivos para pedir que se cumpla la condición estipulada?

CRUZ, *con fiereza.*

¡Victoria!

VICTORIA

No, no me impones miedo. Mis resoluciones, cuanto más repentinas, más duraderas. Un chispazo de mi voluntad, que es algo tempestuosa, me arrancó á la vida religiosa para llevarme al matrimonio. Otro chispazo me separa de ti para volverme á la vida religiosa.

CRUZ, *estupefacto.*

¡Otra vez!

VICTORIA

Verás... Como no puedo estar ociosa, como mi espíritu, mi naturaleza toda, reclaman ocupación constante, absorbente, he decidido, á instancias del amigo Jordana, encargarme de la dirección de esta casa. Pondré en ello mis cinco sentidos, segura... lo digo con inmodestia... segura de no hacerlo mal. Me propongo organizar con la mayor perfección posible la parte de cuna y establecimiento de maternidad. ¡Ya ves qué satisfacción, qué gloria para mi alma, criar santamente á esta multitud de hijitos, ser la mamá de todos y de cada uno de ellos!

CRUZ, *impaciente, receloso.*

Mujer, tú te propones acabar con mi paciencia, y lo conseguirás... Oye. (*Queriendo asirla por un brazo.*)

VICTORIA, *apartándose.*

No; perdona... Tengo que entrar un momento en el buffet. Creerían que es desaire... (*Dirigiéndose al buffet con paso ligero, á punto que sale de él Jordana.*)

ESCENA XV

CRUZ, JORDANA

JORDANA, *en la puerta del buffet.*

¿Pero usted no toma nada?

CRUZ, *con displicencia.*

Gracias.

JORDANA

Está de mal temple.

CRUZ, *llamándole.*

Dígame. ¿Es cierto que mi mujer piensa ser directora de... no sé... vamos, de esto?

JORDANA

Tales son sus deseos.

CRUZ

¿Y usted consiente...?

JORDANA

¿Pues no he de consentir? ¡Y á mucha honra...!

CRUZ

¡Jordana! (*Amenazador.*) Le juro á usted... Vamos, de mí no se ríe nadie; y si esta idea de secuestrar á mi mujer llega á ser un hecho, se verá quién es José María Cruz. Pegaré fuego á la casa, azotaré á las Hermanas... y á usted...JORDANA, *con dignidad, retirándose.*

Señor Cruz...

CRUZ, *procurando dominarse.*

Perdone usted... No sé... Supongo que todo es broma.

JORDANA

No lo tengo por tal... Será directora, sí señor. Y yo tan contento. ¿Ve usted esas habitaciones que aún no están ocupadas? (*Señalando á la primera puerta de la derecha.*) Ahí se instalará.

CRUZ

¿Ahí? (*Acercándose á la puerta.*) Está bien. (*Llamando.*) ¡Eh...! ¿No hay aquí criados? Que avisen á mi casa para que venga Lluch... y dos ó tres mozos...

JORDANA

¿Pero qué hace usted?

CRUZ

Pues mandar que me traigan aquí mi cama, mi mesa, mis libros de contabilidad...

JORDANA

¿De veras?

CRUZ

Sí, hombre, aquí me instalo también. Quie-

ro velar por la niñez... Me interesa extraordinariamente la generación que ha de sucedernos, los que ahora son pequeñitos y mañana serán grandes.

JORDANA

¡Y usted...! (*Entusiasmado.*) Venga un abrazo, señor Cruz.

CRUZ, *rechazándole.*

No, nada de abrazos. Repito que si mi mujer viene aquí, yo también...

JORDANA

Bien decía yo que eso de la separación era una tontería.

CRUZ

Claro, una tontería... Nada; cuatro palabras un tanto vivas, un talón que va y vuelve, un hacha levantada... Tuve celos; ya no. (*Recorriendo la escena excitadísimo.*) Lo diré á cuantos quieran oírlo... Que me traigan al clérigo; que me traigan á todos los clérigos del mundo, y les diré que sus envidias de mi felicidad no llegan hasta mí...

JORDANA

(Nunca le vi tan agitado. Carácter que se desquicia, hombre rendido... Será nuestro al fin.) (*Aparece Victoria por el buffet.*) (Victoria... No gstorbemos.) (*Pasa al buffet.*)

ESCENA XVI

CRUZ, VICTORIA, *comiéndose un bizcocho.*

VICTORIA

¡Cómo me gustan hoy los bizcochos! ¡No sé cuántos me he comido!... Y comería más.

CRUZ

Antojadiza estás... Ea, concluyamos. No admito la separación.

VICTORIA, *con la boca llena.*

Me sorprende esa conducta después de haber dudado de mí.

CRUZ

¡Dudar! ¿Y quién no duda alguna vez, y ciento y mil? Pues ¿por qué existe la fe, sino porque existió primero su madre, la duda? Yo dudé, es cierto; pero ya creo en ti. ¿Qué más quieres?

VICTORIA

Quiero más, mucho más. Tu aversión al prójimo, tu crueldad, tu codicia, tu barbarie, son una barrera infranqueable que me separa de ti.

CRUZ

¿Pero qué pretendes? ¿Que me vuelva otro?

¿Soy acaso la Naturaleza, soy yo quien ha hecho las cosas como son? ¿Puedo yo mudar las causas, quitar y poner los efectos? Si soy así, ¿qué remedio hay más que tomarme ó dejarme?... Tú también tienes defectos, Victoria; al menos yo veo defectos en lo que otros ven perfecciones. Eres demasiado religiosa, me acosas, me mareas con tu idea de la caridad, tan distinta de las mías; me sermoneas, me contradices, me abrumas... Y sin embargo, yo me llevo bien con tus defectos, y te quiero á pesar de ellos, y quizás por ellos... Acéptame tú á mí con mis asperezas, como yo te acepto á ti con las tuyas... Porque si mis escamas ó aletas de dragón infernal te pinchan y raspan y cortan, á mí... el plumaje de tus alas de ángel, también me... me punza, me roza, me hiere. (*Retírase á la izquierda del proscenio, donde está la mesa. Siéntase junto á ella en actitud reflexiva.*)

VICTORIA

(Su carácter no puede cambiar. ¿Podría acaso suavizarse un poco?... Para conseguirlo más valdrá la astucia que la fuerza. (*Observándole.*) No puede vivir sin mí... Esto ya es algo... ¿Será cierto, Dios mío, que yo tampoco puedo vivir sin él, sin esa rudeza que me lastima cuando trato de domarla?... Sí, es ley de vida, ley también de educación, amar á los que corregimos.)

CRUZ, *como asaltado de una idea.*

Bueno: accedo á la separación con tal que me libres de una duda que me atormenta. Dime si tu papá se burlaba de mí cuando me indicó hace un rato que...

VICTORIA

¿Qué, hombre?

CRUZ

Que...

VICTORIA

Parece que estás lelo.

CRUZ

Que quizás me darías un hijo.

VICTORIA, *afectando indiferencia.*

¿Ya fué papá con el cuento?

CRUZ, *vivamente.*

¡Luego... es verdad!...

VICTORIA

No he dicho que sea verdad. Es una previsión de papá... (*bromeando*) un por si acaso...

CRUZ

¡Victoria... basta de bromas! ¿Es cierto que...?